

GUIDO ANTONIO PÉREZ ARÉVALO

El Valle de Argutacaca

Lecturas ancestrales

Argutacaca tuvo su fundamento en un topónimo acuñado por los nativos con la conjunción de los nombres, *Ahira*, un pequeño río que pasaba hacia el poniente; *Arcuta*, una quebrada que venía hacia el Oriente y *Socotegaga*, su propia aldea.

Argutacaca para los naturales, y Ocaña para los españoles, porque aquí tuvo lugar la fundación de la ciudad por Francisco Fernández de Contreras. El nombre fue ordenado por el gobernador, Pedro Fernández de Bustos, natural de la ciudad del mismo nombre en España. Cuando el funcionario fue sustituido por Luis de Rojas Guzmán, éste decidió llamarla Madrid. El poblado rescató poco después del último gobierno su primer nombre. Empezó con treinta y seis vecinos; ocho años más tarde, tendría veinte encomenderos de indios.

Dos parcialidades poblaron el valle: CARATE y PALE. Cada una con su propia lengua, con intérpretes para facilitar su comunicación. El primer vocablo debe su origen a una afección cutánea, caracterizada por lesiones pigmentarias. A cinco leguas de Ocaña estaba su pueblo, llamado Ocoma, en su lengua, Los Carates para los españoles. PALE, el segundo vocablo, surgió por las empalizadas o palenques que defendían las viviendas de la parcialidad. Seguramente se pronuncia como palabra grave, porque Palé, con el acento prosódico en la última sílaba, tiene otro significado. Según la RAE, es una plataforma de tabla para almacenar y transportar mercancías.

También se sabe, por la *Discreción de la ciudad de Ocaña de la Gobernación (sic) de Santa Marta* [24 de marzo de 1578], publicada en la obra “Geografía Humana de Colombia”, (tomo II, Hermes Tovar Pinzón. Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, págs. 201 – 221. Bogotá 1992), que la provincia recibió el nombre de “*Señora Santa Anna*”. Y no Llanura de Hacarí, ni Santa Ana de Acarí, como aseguran quienes siguen lo escrito por don Antonio de Alcedo en el «Diccionario geográfico-histórico de la Indias Occidentales o América (Madrid, 1786-1789)».

Aldea, viviendas, topónimos

Los naturales vivían, desde tiempos inmemoriales, en ranchos cubiertos con palma. Los nombres de lugares tenían su origen en los árboles nativos, en las quebradas, en las montañas y en las colinas. *Cucuriamá* tenía relación con los árboles talados para hacer tambores; *Anaramá*, con árboles que producían trementina. *Caracica*, porque la parcialidad estaba ubicada en la cabecera de una quebrada; a la cabecera la llamaban *Cara* y a la quebrada *Sican*.

Carate, era también el nombre en español de un río que pasaba a media legua de *Argutacaca*; los naturales lo llamaban *Ixira*.

Agricultura, caza y pesca

Los nativos eran agricultores: sembraban maíz, algodón, batatas, ahuyama y frisoles; pescaban con flechas y arpones y cazaban animales con mazas, macanas y hachas de piedra. Cultivaban achote para pintar sus sayos y sus cuerpos. Cazaban leones, venados, puercos monteses, que llamaban báquiras. Había papagayos, guacamayas, pavas, paujiles. Tenían yeguas, vacas, ovejas y puercos, que se multiplicaban. Los españoles aportaron aves de corral, coles, lechugas, rábanos, cebollas y ajos.

Ritos y costumbres

Los nativos no pasaban de 2000. Las riñas, las borracheras y las flechas, cumplieron una tarea de destrucción y muerte que redujo sustancialmente la población. Se mataban entre padres e hijos y no reconocían señorío de nadie. Cada uno era señor de su casa y no ofrecía tributos, ni tenía dioses, ni practicaba cultos paganos.

Algo parecido se dijo de la nación chitarera, de origen chibcha, que ocupó el valle de Pamplona.

En sus borracheras, los nativos desenterraban a los muertos y bailaban con ellos a cuestras. Sus fiestas tenían como propósito rendir homenaje a sus muertos.

Modo de vestir

Los barones «cubrían sus vergüenzas» con un pedazo de paño de algodón y las mujeres llevaban un vestido a manera de costal, abierto, arriba y abajo, preso de los hombros con unas cuerdas.

Clima

El valle de Argutacaca tenía buen temple: ni frío ni caliente. Llovía desde abril hasta mediados de junio; entre junio y agosto llovía poco. El invierno volvía en septiembre y se prolongaba hasta mediados de noviembre; empezaba, entonces, una época de verano que terminaba en marzo. Así funcionaban las estaciones y así quedó escrito el 25 de marzo de 1578 en la *Discreción de la ciudad de Ocaña de la Gobernación (sic) de Santa Marta*, porque eso fue lo que

oyó el escribano público y del cabildo, Juan Gómez Álvarez de Aguilera, al Reverendo padre Ambrosio Fernández Mederos, cura y vicario, a los muy magníficos señores, Antón García de Bonilla y Pedro Esteban Rangel, alcaldes ordinarios; al muy magnífico señor, Leonardo de Acosta, alguacil mayor; a los muy magníficos señores, Alonso López, Juan de Valderrama y Antonio Muñoz de Corcuera, regidores, y a Juan Muñoz Guerrero.

Garcilaso de la Vega, Teniente de Alcayde del puerto de la ciudad, había presentado el mandamiento del muy Ilustre Señor Don Lope de Orozco, Gobernador Perpetuo y Capitán General de Santa Marta y «desta ciudad», y por esta feliz circunstancia se conoce lo que aquí hemos contado de aquellos días.

El ingeniero italiano, Agustín Codazzi, cartógrafo y geógrafo, ratificaría en 1850 las condiciones del clima, en su Geografía Física y Política de la Provincia de Ocaña: *«Empieza la estación de las lluvias desde abril, continuando hasta junio; los meses de julio y agosto son serenos, y en los de septiembre, octubre y noviembre, arrecian los aguaceros y se suceden unos a otros con pocas interrupciones»*.

El fenómeno del niño amenaza en nuestro tiempo a los agricultores y, en general, a los habitantes de la región y de otras latitudes, con insoportables sequías, acompañadas de incendios en bosques y montañas, causados, en muchas ocasiones, por la imprudencia o la mala intención de los mismos comarcanos. Quebradas y ríos bajan sus caudales a mínimos niveles y los embalses pierden su capacidad para generar energía, y las calamidades se juntan para poner en aprietos la industria y la calidad de vida de los habitantes. El invierno sigue a la sequía. La población se enfrenta, entonces, al fenómeno de la niña, y ríos, quebradas y arroyos, desbordan sus cauces, arrasan los cultivos e inundan las viviendas. Y no se sabe cuál de los dos fenómenos es peor.

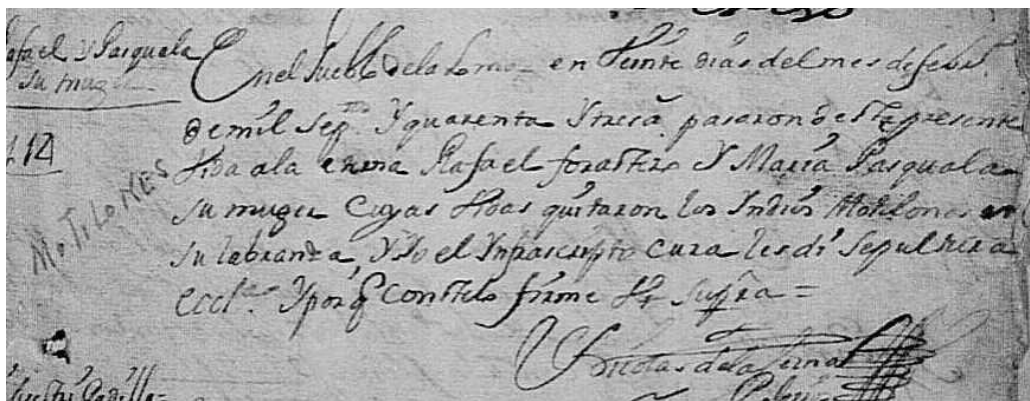
Los Motilones

El Hermano Nactario María (Los orígenes de Maracaibo, Madrid, 1959), citado por el sacerdote jesuita, Fernando Arellano, (Una Introducción a la Venezuela Prehispánica, Universidad Católica, Andrés Bello, Caracas 1986) dice que *«la primera referencia a los Motilones aparece en un documento relativo a la investidura del primer gobernador de La Grita, en 1622 en donde se habla de la nación de Indios, llamados Motilones, pueblo salvaje y cruel, quienes, durante*

veinte años, han estado cometiendo asesinatos y hurtos y así impidiendo la navegación en el río Zulia». Pocos años más tarde, continúa Arellano, en 1627, fray Pedro Simón menciona a estos indios al hablar de la expedición de Alonso Pérez de Tolosa hacia el valle de Cúcuta, realizada entre 1548 y 1549 (Noticias historiales de Venezuela, Tomo II, Caracas 1963, página 195). «*Habiendo pasado por el río Catatumbo, que Simón confunde con el Zulia ‘fueron metiéndose por entre los indios que hoy llaman Motilonos (que son los que infestan las márgenes de aquel río y estorban el navegar por él desde la laguna de Maracaibo) en la serranía de hacia los indios Carates’, que son los que están a las espaldas de la ciudad de Ocaña, a la banda norte*».

Arellano se remite a Paul Rivet y Cesáreo de Armellada, cuyo estudio los llevó a comprobar que en la Sierra de Perijá habitaban dos grupos distintos de indígenas que hablaban dos lenguas procedentes de dos troncos tan diferentes como el chibcha y el caribe: Los Motilonos verdaderos, pertenecientes a la familia lingüística chibcha, y los Yupas, llamados, algún tiempo, Motilonos mansos, pertenecientes a la familia Caribe.

De la violencia de los naturales quedó constancia en una partida de defunción del pueblo de La Loma, del 20 de febrero de 1743:



“En el pueblo de La Loma en veinte días del mes de febrero de mil setecientos y quarenta y tres pasaron de la presente vida a la eterna Rafael Forastero y María Pascuala su mujer cuyas vidas quitaron los Indios Motilonos en su labranza, y yo el infrascripto cura les di sepultura y para que conste lo firme...”

En la obra, «Una raza bravía» (Angelo Neglia. Olson Bruce, 1974), se presenta a los indígenas motilonos como una entidad social y cultural bien diferenciable y

bien delimitada, rodeada por otras culturas históricamente similares, y por algunos rasgos de civilización blanca que han aparecido a lado y lado de la frontera colombo-venezolana. Gerardo Reichel-Dolmatoff, antropólogo y notable arqueólogo colombo-austriaco, efectuó, por encargo del Instituto Etnológico Nacional, una investigación con el propósito de adelantar estudios etnológicos entre los indios Motilones de la Sierra de Perijá, departamento del Magdalena.

Sugiere el investigador que el territorio de los Motilones debió ser más extenso, pero los indígenas se retiraron a las selvas de la Cordillera por la penetración blanca en los valles de los ríos, Cesar, Magdalena y bajo Catatumbo. *«La región de Ocaña –dice– y toda la vertiente oriental del valle del alto río Catatumbo parecen también haber estado dentro del territorio de esta tribu...».*

Origen karib y arawak

La etnia motilona está relacionada estrechamente con la cultura lingüística Caribe, que dominó una parte de las Antillas y se extendió por el norte de América del Sur. En «Una raza bravía», de Angelo Neglia y Olson Bruce, se menciona la presencia de dos troncos genéricos: arawak y caribes.

En El Orinoco ilustrado, dice el padre Joseph Gumilla: *«Son los caribes de buen arte, altos de cuerpo y bien hechos: hablan desde la primera vez con cualquiera, con tanto desembarazo y satisfacción, como si fuera muy amigo y conocido. En materia de ardidés y traiciones son maestros aventajados, por lo mismo que de suyo son uy temerosos y cobardes».*

Don Antonio de Alcedo es más drástico en su definición:

«Nación bárbara de indios comedores de carne humana... Adoran un hombre que dicen fue increado, y el primero de todos que bajó del cielo, llamado Longuo, de cuyo ombligo nacieron algunos y otros de una de sus piernas, que se abrió él mismo con un hierro; creen, como los maniqueos, en dos principios, uno bueno y otro malo, y la inmortalidad del alma, y cuando muere alguno, entierran con él a sus esclavos y criados para que le asistan en el otro mundo; son polígamos, crueles y muy diestros en el manejo de las flechas, también los hay en otras partes del continente».



“Descripción geográfica (mapa que comprende la visita practicada por el Sr. Doctor Don Francisco Antonio Moreno y Escandon; Fiscal del Crimen en la Real Audiencia de Santa Fé de Bogotá. A consecuencia de Real Cédula fecha á tres de Agosto de 1774. Archivo General de Indias, MP-PANAMA, 194”.

Arawak

La familia lingüística Arawak es la más extendida de toda América. Agrupa alrededor de 40 lenguas en un territorio que se extiende de Centro a Sudamérica a través de más de una decena de países. Se sabe que esta familia ha llegado a tener históricamente hasta 65 lenguas. (Web Ministerio de Cultura, Perú)

El apelativo Motilón

Para Reichel-Dolmatoff, el nombre Motilón está referido a la costumbre de llevar el pelo corto, circunstancia que se ha explicado como una medida profiláctica o curativa, adoptada durante una epidemia de viruelas que azotó a los indios en la región de Ocaña durante los albores de la conquista; pero asegura que cortarse el pelo era una costumbre reconocida en muchas tribus karib en todo el continente y, en consecuencia, no era exclusiva de nuestros aborígenes.

Lamas, una de las ciudades más antiguas del oriente peruano, registra entre sus pueblos primitivos a los caribes, los tupí-guaraníes y los arahuacos. Sin embargo, tiene en sus memorias dos fechas de conquista con un ingrediente étnico que no deja de sorprender: la primera conquista corrió a cargo de los Pocras y Hanan Chancas quienes abandonaron el territorio en 1438 después de una derrota; la segunda tuvo lugar en el año 1650, cuando aparecieron unos evangelizadores españoles quienes, posteriormente, el 10 de octubre 1656, fundaron «La ciudad del Triunfo de la Santísima Cruz de los Motilones de Lamas». *«El nombre de Motilones –dicen sus historiadores– viene por una confusión de los conquistadores españoles al igualar a los nativos de Lamas con los nativos motilones de algunas regiones selváticas de Colombia».*

En el Libro Nono, de Recopilación historial, donde se narran las aventuras y desgracias de Lope de Aguirre, asesino de Ursúa, fray Pedro de Aguado repite expresiones como éstas: Pueblo Motilones, río Motilones y Santa Cruz de los Motilones.

Territorio

Fray Antonio de Alcácer (El indio motilón y su historia, pág. 25) citado en «Una raza bravía», dice: «los motilones vivieron en una superficie de terreno, limitada al norte por los ríos Santa Ana y Santa Rosa de Aguas Negras, desde sus

cabeceras en la sierra del Perijá hasta el lago de Maracaibo. Por el sur llegaban hasta más abajo del Catatumbo y ejercían su dominio en las márgenes de los ríos, Intermedio, Borra, Tarra, Sardinata, Zulia y Escalante. Por el este llegaban hasta la sierra del Perijá y las cabeceras de los ríos antes citados”. Actualmente, se lee en «Una raza bravía», la extensión del territorio podría ser de 1.200 kilómetros cuadrados.

Población

La población motilona, en el momento de la investigación de Reichel-Dolmatoff (1945), se consideraba en 3000 personas. Los indígenas del Valle de Ocaña, no pasaban de 2000 en 1578. Y el número de individuos registrados en «Una raza bravía” (Angelo Neglia y Olcen Bruce, 1974), era de 1.300, con fundamento en apreciaciones directas de Olson y de varios cronistas e historiadores.

Los autores sugieren cinco causas del marcado decrecimiento de la población:

1. El ritmo y los ciclos de la vida sexual. El primero muy lento y los segundos muy amplios. El contacto sexual entre las parejas se reduce, en promedio, a tres o cuatro ocasiones anualmente.
2. Constantes acechos y conflictos con los blancos y con otros grupos indígenas. Esta tensión ha podido ser un factor inhibitorio para la fecundidad.
3. Problemas nutricionales crónicos.
4. Las consecuentes enfermedades.
5. La falta de actitudes sociales hacia la mutua cooperación y el mutuo auxilio.

El Cacique

Hemos dicho que los primitivos pobladores del Valle de Argutacaca no reconocían señorío de nadie. Cada uno era señor de su casa y no ofrecía tributos, ni tenía dioses, ni practicaba cultos paganos. Y se ha citado una situación similar con los chitareros, de la familia lingüística chibcha. Cacique es una voz de la isla La Española, utilizada por los naturales para denominar a los jefes de las tribus. No es una voz chibcha, ni caribe. Nuestros indígenas no reconocían a su capitán con ese nombre si no les enseñaban su significado.

El vocablo llegó, entonces, por boca de los españoles. En lengua chibcha, el jefe de la tribu se denominaba, *Sijipcua*.

Los estudiosos de la etnia motilona, sostienen que el cacique no tiene autoridad, no actúa como juez, ni impone sanciones. Es un elemento integrador. Generalmente, en cada bohío hay dos caciques, que dividen sus roles

jerarquizados por la edad, el más viejo ejerce funciones de orientación y dirección y el joven, de ejecución.

El cacique no es elegido por votos de la comunidad sino por su liderazgo natural, por sus cualidades.

Características físicas (Reichel_Dolmatoff).

La estatura media del motilón apenas alcanzaba 1,35 metros y, por excepción, 1,40 o 1,45 m. Tenía la cara ovalada y ancha en su parte superior; frente baja y pómulos salientes. Ojos rectos que no ofrecían la forma mongoloide que se conocía en otras tribus. La nariz, con raíz muy baja, tenía forma achatada y corta con las fosas nasales grandes y muy dilatadas; las orejas eran pequeñas y el lóbulo adherente. Los labios, eran gruesos, con el inferior en algunas ocasiones un poco saliente. El mentón relativamente agudo. La dentadura buena y las caries muy escasas. Los dientes cortos, unidos y parejos. El tronco, bien proporcionado, musculoso, con hombros muy anchos; pies y manos, pequeños, bien formados y casi frágiles. El gran dedo del pie era considerablemente más corto que los demás. En las mujeres se observaron senos en forma cónica, muy largos y separados, el abdomen, generalmente, muy pronunciado. El color del cutis, carmelita oscuro y los ojos, carmelita claro. Pelo negro, muy puro. Los hombres tenían escaso bigote, la barba era excepcional.



Vivienda

Las casas se orientaban hacia un mismo frente. La forma era un plano rectangular, alargado, sobre 16 horcones laterales. Tenían un lado redondeado, de manera que la vista desde el exterior ofrecía la impresión de una casa circular. Casi todas las casas de los Motilones estaban rodeadas por una fuerte palizada, para protegerlas contra agresiones.

Las viviendas, como puede observarse, eran similares a las de la parcialidad denominada PALE por los españoles, en el valle de Ocaña, porque las protegían con palizadas.

Se aclara en el documento de Reichel-Dolmatoff que estas características no eran típicas para una cultura definida pues fueron halladas en tribus de diverso origen.

Modo de vestir

Los hombres casados usaban telas de algodón, en forma de poncho cosido a los lados, con espacio libre para sacar los brazos y otro espacio vertical para sacar la cabeza. Los solteros doblaban la tela por la mitad y amarraban los dos extremos sobre el hombro derecho dejando descubierto el izquierdo. Las mujeres usaban un pequeño taparrabos del mismo material pendiente de una cuerda de fique, y una pieza rectangular que colgaba en la espalda, amarrada al cuello.

Dice el presbítero Rafael García Herreros (prólogo a «Una raza bravía»): *«De un momento a otro vi un grupo de indios hacia la orilla izquierda. Estaban desnudos, fuertes, bronceados, magníficos... Las indias se pararon. Iban con su atuendo, es decir la ducduza: una breve faldita tejida en algodón y trabada curiosamente a un costado».*

Contactos de los motilones con otras culturas

Relaciones de cronistas de todos los tiempos, registran encuentros de los motilones con otras culturas desde 1499 («Una raza bravía») hasta nuestros días. Conquistadores, autoridades, misioneros, colonos, con intereses de diversa índole, se jugaron la vida y, muchas veces, la perdieron, alcanzados por las flechas de quienes defendían su territorio, sus frutos, sus derechos fundamentales. Durante siglos intentaron avasallarlos, pero el invasor encontró una raza indomable que respondía con sus armas primitivas, con el asalto a mansalva y en despoblado o con la protección de las tinieblas.

—

El presbítero García-Herreros diría después, *«Los indios eran temibles. Tenían la historia trágica de atacar inmisericordemente a todo el que se acercaba a violar sus senderos. Se habían refugiado violentamente detrás de sus flechas».*

Olson Bruce, considerado hoy como el más importante benefactor de los motilones, hizo contacto en 1961. A este ciudadano se debe la comprensión del idioma de los nativos, la elaboración de su gramática y otras cartillas auxiliares; también la interpretación de valores, actitudes y comportamientos de la cultura

motilona; facilitó las tareas de educación, los servicios de salud y el desarrollo de obras de infraestructura.

Para García-Herrerros, *«bajo la dirección de ese espléndido joven noruego, el grupo se había convertido al cristianismo y su programa era un ejemplo maravilloso»*.

En el mismo año, llegó una comisión indigenista venezolana. En 1963, el presbítero Rafael García-Herrerros ingresó al Catatumbo por la parte sur a fundar la Misión de la Madre Laura.

Otras etnias en el Valle de Ocaña

Los libros de la iglesia católica traen hasta nuestros días algunas pruebas de la presencia en el valle de Ocaña de la familia lingüística chibcha, procedente, seguramente, de la nación chitarera, conquistada por las huestes de Ursúa en el valle de Pamplona y en las aldeas vecinas. Los españoles los llamaron *chitareros*, por el vocablo muisca que identificaba sus calabazas para llevar la chicha.

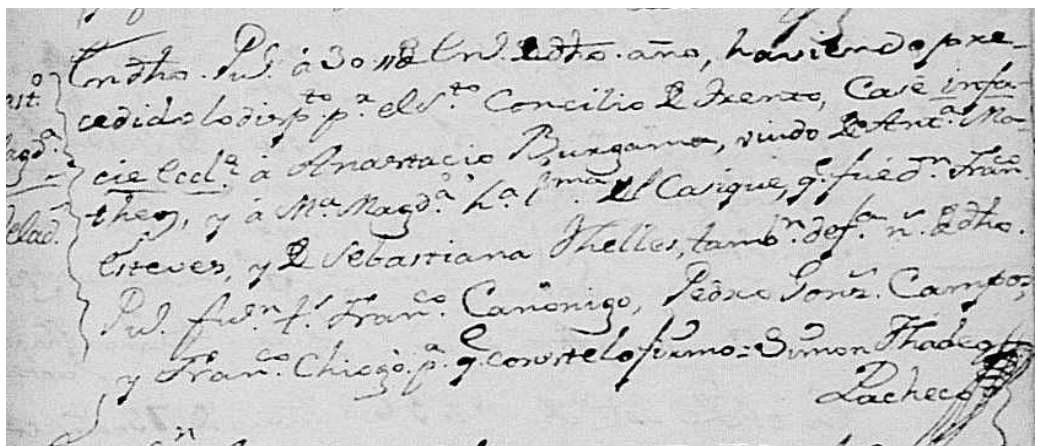
Nombres de lugar, como *Teurama, Peritama, Bucurama, Locutama* y *Ascuriama*, entre otros, le dan fuerza a esta reflexión porque llevan la dicción *ama*. Dice el presbítero Pedro María Revollo, en «Nombres Geográficos Indígenas en el Departamento del Atlántico», que esta dicción *“significa en idioma chibcha, tierra, región, y se halla componente en varias palabras de lugar en el interior, como Abirama: abira, sal, tierra de sal; Chaguarama: chagua, un árbol; Duitama, Teorama, Tequendama y Tundama; Chairama, en la Provincia de Santa Marta. La hallamos también en las costas meridionales de la América inglesa, que pudieron ser habitadas por caribes: Alabama, Bahama; y aún en el Japón, Yocoama, parecidísimo a nuestro Yocama (pueblo de la costa de Galera-Zamba)»*. Mi encuentro con esta referencia se presentó, hace 30 años, en «Investigaciones sobre la lengua de los indios Motilones y de los Hacaritamas», trabajo publicado por el doctor Justiniano J. Páez en la revista Hacaritama, del 26 de junio de 1936, órgano del Centro de Historia de Ocaña, hoy Academia de Historia. Posteriormente, a través de mi apreciado amigo Márceles Romero Vega, funcionario de la BLAA en Santa Marta, obtuve una copia del breve documento del presbítero Revollo. La citada referencia se encuentra en una de las 73 unidades lingüísticas, que lo integran, «Yocama o Tocama» pero no se explica su fundamento u origen.

En la BLAA de Bogotá se conserva «*El idioma chibcha*» (1938), una preciosa investigación de Joaquín Acosta Ortegón, que incluye la dicción *quica* con el significado de tierra, región, pero referida al sentimiento de patria. No aparece la dicción AMA.

No dejen pasar la oportunidad para citar una curiosidad registrada en el vocablo «Chinaca». Dice aquí el autor: «*Islote de aluvión, en el distrito de Sabanagrande. En Santander existen las poblaciones de Simacota y Chinácota (que debió ser Chinacota porque los indios no tenían esdrújulos...*». Por esta tierra, donde tuve mi residencia durante varios años, guardo singular afecto.

Aquí van algunas pruebas de la presencia de miembros de otras etnias en el Valle de Ocaña:

La Loma, caciques:



“En dicho pueblo (San Antonio), a 30 de noviembre de dicho año (1783), habiendo precedido lo dispuesto por el Santo Concilio de Trento, casé in facie ecclesiae a Anastasio Burgama, viudo de Antonia Matheos, y a María Magdalena, hija legítima del cacique que fue Francisco Esteves y de Sebastiana Thelles también de fam... de dicho pueblo. Fueron padrinos Francisco Canonigo, Pedro Gonzalez Campos y Francisco Chiogo. Para que conste lo firmo. Simón Tadeo Pacheco”.

- Ocaña. Libro de Santa Ana. Fecha: 14 de diciembre de 1694. Folio: 130. Cura: Antonio Roz de Morales, Juez Eclesiástico y de Diezmos, Comisario del Santo Oficio. Bautismo de Dominga de la Cruz, hija legítima de **Don Salvador, indio mosco y Andrea**.

- Ocaña. Libro de Santa Ana. Fecha: 11 de septiembre de 1773. Folio: 291. Cura: Teniente de Cura Simón Tadeo Pacheco. Matrimonio: **Francisco de Acevedo, indio del pueblo de Cácuta (Chitarero), con Ana María,** esclava de Don Agustín Rizo.
- Ocaña. Libro de Santa Ana. Fecha: 26 de diciembre de 1794. Folios: 130 y 131. Cura: Pedro de Silva. Matrimonio: Joseph Agustín, hijo legítimo **de Don Alonso Indio del Pueblo de Guaca (chitarero), y de Bárbara, India del Pueblo de Burgama (González)** de donde es Encomendero Bartolomé Pérez Casariego.
- Ocaña. Libro de Bautismos de Santa Ana. Folio 209. Año: 1680. Matrimonio: *En las dhas Sabanas de San Xacinto por el dho mes de Septiembre año de ochenta se casó Francisco Rodríguez el msio, hijo de Francisco Rodríguez Vecino de esta Ciudad de Ocaña con Leonarda India encomendada del río grande, casolos con licencia de mí el Cura beneficiado, el dho licenciado Francisco de Villegas Simancas cura doctrinero de dhas Sabanas y aviendo precedido la información y amonestaciones, fueron testigos lo dhos Julián de Marías y Pedro Roldan y otras personas presentes y lo firmé.* Don Antonio Rafael Ballesteros.

Río Catatumbo, de La Cruz, Guayabal, Algodonal, Los Carates

Dijo Codazzi que *«el Catatumbo tiene su origen en la cordillera principal, que arranca de Cerro Pelado por medio de los ríos Chorro y Frío, toma en sus principios el nombre del río Guayabal y luego Algodonal, hasta que se le unen los pequeños ríos, llamados Río Grande, que pasa por Ocaña, río de Oro y río Limón, que nacen en los cerros al Norte de La Loma, Brotaré y San Antonio; entonces toma el nombre Carate, y más abajo de Teorama toma el de Catatumbo, para no perderlo hasta confundir sus aguas con las del lago de Maracaibo. Dicho río, que es el principal de la Provincia de Ocaña, tiene en ella 13 leguas navegables...».*

Páez Courvel, en la investigación publicada bajo el título, La fundación de Ocaña, diría más tarde que el río Catatumbo es conocido en la región con los nombres de río de La Cruz, Guayabal, Algodonal y río de los Carates. Aseguró que el último

es el más antiguo de todos y que el Algodonal tuvo su origen en el nombre de una hacienda española en el río de Los Carates.

Estoraques

El geógrafo Agustín Codazzi, buen observador, encontró, en Brotaré, Aspasica y Ocaña, algunos cerros de formación margosa donde predominaban las arenas no cimentadas, divididas en bancos oblicuos por filones de cuarzo granujiento, mezclado con pajillas de mica. Por la acción de las lluvias, el suelo era en extremo permeable y muy fácil de desmoronarse; el terreno árido, incapaz de sostener la vegetación, mostraba barrancas profundas, *“cuyas paredes afectaban la figura de ruinas góticas, tan caprichosas como pintorescas”*. Y cuando repasó los bosques los encontró cuajados de plantas preciosas, entre ellas el estoraque, *«de intenso perfume al quemarlo mezclado con alhucema»*. Aquellas figuras, se supone, son «los altos, los duros, los broncos, estoraques», cantados por Cote Lamus, del Área Natural Única de La Playa de Belén. El estoraque (liquidámbar styraciflua), es la planta, extinguida hoy, que transmitió el nombre al lugar. Don Antonio de Alcedo (Diccionario Geográfico Histórico de las Indias Occidentales o América. Madrid, 1786-1789) lo describe como *«una resina sólida, seca de color rojo, de peculiar fragancia de que hay dos especies en las provincias de Mojos, del reino de Quito, y en la de Tunja, del Nuevo Reino de Granada, y en una y otra parte lo usan por incienso en las iglesias»*.

El Centro de Historia de La Playa de Belén recolectó algunas semillas de estoraque en Bogotá y logró su germinación en Cúcuta. Posteriormente, se trasplantaron algunas plántulas a la región, una de ellas al parque Ángel Cortés, de La Playa de Belén.

El Valle de Hacarí

En su investigación de 1940, sobre la fundación de Ocaña, el doctor Luis Eduardo Páez Courvel propuso la solución de las siguientes incógnitas: ¿Cuál fue la fecha exacta de la fundación, cuáles los orígenes de su nombre y cuáles las circunstancias etnológicas y geográficas que contempló Fernández en el Valle de los Carates, al declinar el siglo decimosexto?

Aquí están sus conclusiones:

1. El territorio de los Carates fue conocido y explorado por Francisco Fernández en 1566.



2. Entre 1568 y 1569 se realizó la segunda exploración a los Carates, se tanteó la tierra y se dispuso en ella la fundación.
3. El 26 de julio de 1570 rancharon las huestes peninsulares en el valle de los Hacaritamas.
4. El 7 de noviembre de 1570 fueron señalados los términos de la nueva Ocaña.
5. El 14 de diciembre de 1570 se cumplió el rito solemne de la fundación legal.

«Estas conclusiones –dice el historiador– se ajustan, con plenitud, a la verdad histórica; están garantizadas por la fe pública de los documentos coloniales y no ofrecen contradicción alguna con la cronología del Fundador».

A partir de la lectura de crónicas, apuntes históricos, publicaciones académicas y archivos civiles y eclesiásticos, el investigador señala que *«los nombres de Nueva Madrid y Santa Ana se usaron indistintamente, pero por boca del fundador –dice–, el primero fue el de Ocaña. La Real Cédula, expedida de San Lorenzo el 6 de agosto de 1571, solo menciona la Villa de Ocaña».*

En su trabajo desfilaron notables personajes de la historiografía, entre ellos, Antonio de Alcedo, «Diccionario geográfico-histórico de la Indias Occidentales o América» (Madrid, 1786-1789), quien presenta a Ocaña como *«ciudad de la Provincia y Gobernación de Santa Marta en el Nuevo Reino de Granada, situada en la llanura de Hacarí, por cuya razón se llama también Santa Ana de Acarí...»*. También, Joaquín Acosta, *«Compendio histórico del descubrimiento y colonización de la Nueva Granada»* (París, 1848); Joaquín Esguerra, «Diccionario geográfico de los Estados Unidos de Colombia (Bogotá, 1879), asegura que Ocaña fue fundada en el valle de Hacarí, con el nombre de Santa Ana de Hacarí, en tierra de los indios Carates; Felipe Pérez, «Geografía Física y Política del Estado de Santander», repite la información del autor anterior; Alejo Amaya, «Los genitores», (Cúcuta, 1915), se refiere a la posesión de la tierras del Hacaritama; y Luis Febres Cordero, «Del antiguo Cúcuta» (Cúcuta, 1918), cita la fundación de Santa Ana de Hacarí o Nueva Madrid.

Encontré, en la Geografía Moderna, traducida del francés al castellano por Juan Arribas y Sorias y Julián de Velasco (Imprenta de Sancha, Madrid 1792), páginas 310 y 311, la siguiente nota:

«Ocaña. Ciudad pequeña, pero bien conocida, y nombrada de la América meridional, en tierra firme, en la Provincia y Gobierno de Santa Marta, que es del Nuevo Reyno de Granada. Tiene su sitio en el país o territorio de los Indios Carates, a orillas del riachuelo del Oro, que allí a poco trecho, se junta con el de Lebrija, y ambos van al de la Magdalena, en cuyo sitio tiene un buen embarcadero, hasta salir a la boca de aquel gran río.

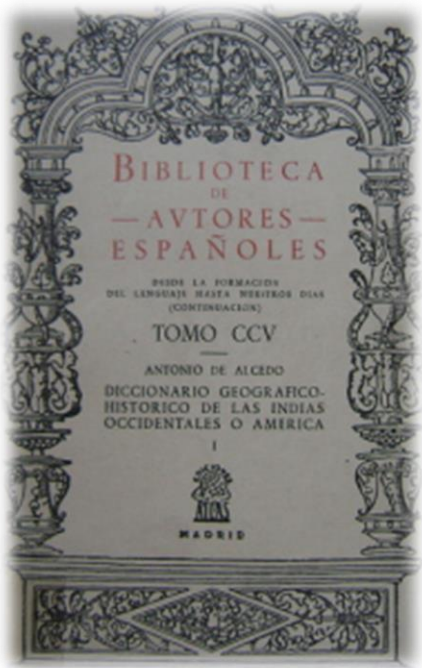
«Es Ciudad de corta consideración, bien que hay en ella una buena Iglesia Parroquial, un convento de Religiosos Franciscos y otro de Agustinos. Habítanla algunas buenas familias de gente de distinción, y bien hacendadas, y se asegura que las mujeres son por lo general de buen parecer y mucho garbo.

«Es Ciudad alegre, de buena planta, hermosa a la vista; y aunque su temperamento es frío es muy saludable, y su territorio muy fértil y ameno, especialmente en trigo y en azúcar, cuyos frutos son de excelente calidad. Fundó a este pueblo Francisco Hernández, año de 1572, y de allí a cuatro años, en el de 1576, fue trasladado al sitio o paraje que hoy ocupa, llamado Santa Ana de Hacarí, que hace parte del dicho país de los Indios Carates. Dista Ocaña 35 leguas de Mompox, 70 de Maracaybo, 45 de Pamplona, 33 de Antioquia, 60 de Tenerife, 82 de Santa Marta y 75 de Cartagena».

El lector encontrará diferencias con los resultados de la investigación del doctor Páez Courvel y observará inconsistencias históricas y geográficas, que por diversas circunstancias, no contienen la debida precisión.

No quedaron dudas sobre la exploración de la región, ni de las fechas de la fundación, ni del nombre de la ciudad. Sin embargo, nada se dijo del origen del nombre de la región.

Historiadores colombianos y autores de notables obras enciclopédicas acudieron a la fuente más antigua para identificar a un presunto cacique o capitán de indios: Hacarí o Acarí.



El Diccionario geográfico-histórico de la Indias Occidentales o América (Madrid, 1786-1789), de don Antonio de Alcedo, fue publicado en cinco volúmenes con fundamento en «*cuarenta años de viajes y observaciones por gran parte de América*».

Dice el autor citado: *Ocaña es una ciudad de la Provincia y Gobernación de Santa Marta en el Nuevo Reino de Granada, situada en la llanura de Hacarí, por cuya razón se llama también Santa Ana de Acarí* (así, sin h). Quienes repitieron la unidad lingüística, agregaron la consonante muda al último vocablo, porque seguramente atribuyeron la falta, como decimos ahora, a un error de digitación. Un *lapsus calami*.

Más tarde se habló del Valle Hacaritama, con su significado muisca, y se acuñó el gentilicio hacariteño. Hacaritama, si tuviera fundamento la existencia del grupo tribal que aparece en las brumas de la historia, podría interpretarse como tierra o región del cacique Hacarí.



Enrique Otero D'Costa

Enrique Otero D'Costa (1883-1964), notable figura de la historiografía nacional, narra en uno de los pasajes de la biografía de Alfínger (Apéndice No. 2 del «Cronicón solariego», segunda edición 1972), que los miembros de la expedición, a su paso por el pueblo de Pauxoto, tuvieron noticias de los indios *haraacañas*, que usaban flechas envenenadas.

El tudesco, agradecido por el oro que le habían proporcionado sus anfitriones, los *pacabuyes*, arremetió contra sus enemigos, los *haraacañas*, pero no tuvo éxito. En la refriega perdió un soldado y otro salió mal herido. Otero D'Costa dejó la siguiente nota en este pasaje: “*Declaran varios autores que la región de Ocaña ocupa el*

valle llamado de Hacarí, por cuya razón los indios que lo habitaron en la época de las primeras exploraciones se llamaban hacaritamas. Es de interés la analogía que existe entre este nombre de hacaritamas y el de haracañas (o tal vez haracaanas) que poblaban tierras situadas hacia la misma región»

Llanura de Hacarí, tribu hacaritama y cacique Hacarí, nos están debiendo la prueba de existencia.

Un hilo conductor va hasta el Perú, a través del diccionario de don Antonio de Alcedo. En la obra se dice que el pueblo de Acarí está *“situado en un hermoso y dilatado valle en que hay un cerro muy alto que llaman Sahuacario, compuesto de piedras disformes y mucha arena, en el cual a ciertos tiempos, especialmente por los meses de diciembre y enero, se oye un ruido grande y continuo que causa admiración...”*. Documentos contemporáneos lo presentan como distrito de Acarí (sin h) en la Provincia de Caravelí, Departamento de Arequipa, en el sur del Perú. Su memoria empieza el 25 de agosto de 1525, en el Valle de Hacarí, atravesado por un río con el mismo nombre. Aquí, seguramente, nació la confusión.

La palabra *Acari* proviene del vocablo quechua «*Ñacari*», que significa castigo, sufrimiento. ¿Tendrá alguna relación con los Carates?

En algunas crónicas peruanas y en Internet, escriben, *Acari* o *Hacari*, con h y sin el acento prosódico en la última sílaba. En otros documentos de carácter histórico y en diccionarios contemporáneos, aparece como palabra aguda.

Don Juan Gutiérrez Chamorro, investigador del folclor y las costumbres de Acari, es famoso por la narración de sus leyendas. Aquí va una de la picaresca criolla:

El huanchaco enamorado

«Existía en el distrito de Acarí un famoso brujo que pretendía a una muchacha, hija de un humilde chacarero (labrador) que era para él la niña de sus ojos.

«Por ese tiempo empezó a frecuentar el lúcumo (árbol la familia de las sapotáceas) de la huerta, un lindo huanchaco silbador, de pecho rojo y ojillos brillantes como ascuas, que no cesaba de cantar y hacer cumplidos a la joven cada vez que la veía llegar al huerto a coger ciruelas, y luego, cuando la doncella se desnudaba para bañarse en la acequia, todo era ver el cuerpecillo moreno como canela y sabroso como lúcuma madura, el avecilla se ponía a dar gritos de

un extraño entusiasmo que más parecían tonadas de enamorado que trinar de un inocente pajarillo.

«Una vez presentose al chacarero la barragana del encantador. Una mujer extraña de ojos oscuros hermosísimos, de mirada honda y misteriosa, que pocas veces cruzaba palabra con la gente del lugar y que trabajaba todo el día en la chacra (finca) con su amante. Cosía como ninguna y guisaba sabroso y abundante, según decían quienes frecuentaban los convites de su amante el brujo. Díjole llena de celos y resentimientos: El huanchaco del lúcumo es un infame seductor, que arde de deseos por tu linda hija; toma esta noche, cuando la luna esté más alta, un carrizo del río y haz una cerbatana. Prepara un dardo hecho con corazón de sacuara (caña liviana) y espina de buganvilla, mójalo con sangre de chivato negro. Escóndete debajo del ciruelo al pie del lúcumo y cuando la niña esté bañándose y comience el intruso a entregarse a sus extremos ardientes, dispárale apuntándole a la cabeza.

«Así lo hizo el buen hombre, muy de madrugada, y al poco rato se sabía en el pueblo la noticia de que se habían encontrado muerto en su lecho al encantador con el ojo atravesado por un dardo. La mujer había desaparecido misteriosamente.

«Lo más extraño fue que se buscaron las pistas del asesino en el suelo arenoso y no se las encontró. Ni de la planta desnuda del presunto verdugo, ni del pie menudito de la misteriosa barragana, que no era otra cosa que una grandísima bruja, envenenada por los celos a causa de los delirios de amor de su amante por la linda chacarerita».



En el Libro III, capítulo XVIII, de “Comentarios reales de los incas”, maravillosa obra publicada en 1609, en Lisboa, el Inca Garcilaso de la Vega narra como el príncipe Inca Roca, enviado por su padre, Cápac Yupanqui, para alargar su imperio, acometió su empresa escoltado por 20.000 hombres.

Del Cuzco pasó al río Apurímac y lo cruzó en grandes balsas para avasallar las provincias de aquella región. Siguió hacia Apucara, pasó a las provincias de Rucana y Hatunrucana, que significa Rucana la grande, poblada por gente hermosa y bien dispuesta. Avanzó sin dar tregua y a todos redujo sin dificultad y con el aplauso de los

naturales. Bajó a la costa y llegó al primer valle, llamado Nanasca, que quiere decir lastimada o escarmentada. El Inca fue recibido con paz y fue obedecido en éste y en todos los valles, desde Nanasca hasta Arequipa. Dice Garcilaso de la Vega que *“los valles más principales son Hacari y Camata, en los cuales había veinte mil vecinos”*. Y da cuenta del caso extraño de dos curacas, no bautizados, que entraron en batalla, con muertos y heridos en los dos bandos. Los gobernadores españoles intervinieron para hacer justicia y ordenaron un pacto de amistad. Así se hizo, pero uno de los curacas se sintió agraviado con los términos y decidió tomar venganza secretamente. El día acordado para solemnizar la paz, después de comer juntos en una plaza, el curaca ofendido llevó dos vasos de su brebaje, como acostumbran los indios, para brindar al nuevo amigo. El convidado, en previsión de alguna trampa, le propuso cambiar los vasos del brindis, y el curaca vengador, para no mostrar flaqueza, trocó las manos y bebió del vaso envenenado. Allí murió por la fuerza del veneno y del enojo.

Con el nombre de Acari existe otro municipio en el Estado de Río Grande do Norte, del Brasil, con historia reciente.

Finalmente, un punto de referencia regional: Hacarí es un municipio de Norte de Santander. Se denominó La Palma hasta el 14 de abril de 1930, cuando la Ordenanza número 29 sustituyó el nombre por Hacarí, para acatar disposiciones de la ley 5 de 1920, que ordenaba el cambio de identificación de los municipios homónimos en Colombia. Se adoptó, según el considerando cuarto de la Ordenanza mencionada, porque *“el nombre indígena de Hacarí, envuelve una tradición bellísima y hace recuerdo de los primeros moradores de Ocaña, capital de la Provincia a que pertenece dicho municipio”*.

Aquí no termina esta historia. Notables escritores, juiciosos investigadores y consagrados historiadores, hacen parte del pasado reciente, y no se ha perdido el camino porque el presente tiene la tinta fresca y la pluma lista para continuar la tarea de quienes todavía proyectan sus luces desde el Firmamento.

Mis apuntes han sido guardados durante varios meses, por la prudencia aconsejada por el señor presidente de la Academia de Historia de Ocaña, guía intelectual de estas tierras ariscas, noble y respetado amigo, doctor Luis Eduardo Páez García.

El Valle de Argutacaca, escrito a cuatro manos, por las comillas que encierran aportes de importantes autores y párrafos de obras antiguas, puede volver a dormir el sueño de los justos o despertar inquietudes que nos lleven por nuevos senderos de la historia regional.

Me sentiré satisfecho si los lectores encuentran en estos renglones otras opiniones y nuevas informaciones de nuestro proceso histórico.

Cúcuta, mayo de 2017

Bibliografía:

- Acosta Ortegón, Joaquín. El idioma chibcha. Aborigen de Cundinamarca. Imprenta del Departamento. Bogotá 1938.
- Alcedo, Antonio. Diccionario Geográfico Histórico de las Indias Occidentales o América. Madrid, 1786-1789.
- Aguado, Pedro de, Fray. 1503 – 1590. Recopilación historial. 1956-1957; Bogotá: Empresa Nacional de Publicaciones.
- Arellano, Fernando, S. J., Introducción a la Venezuela Prehispánica, Universidad Católica, Andrés Bello, Caracas 1986.
- Asamblea de Norte de Santander. Ordenanza No. 29 del 14 de abril de 1930.
- Codazzi, Agustín. Geografía Física y Política de la Provincia de Ocaña. 1850
- Garcilaso de la Vega. Comentarios Reales de los Incas. Libro III, capítulo XVIII, 1609, Lisboa.
- Otero D'Costa, Enrique (1883-1964). Cronicón solariego. Editorial Vanguardia. 27 de noviembre de 1972. Bucaramanga.
- Gumilla, Joseph. Tomo I, Edición facsimilar de Carvajal S. A. de la realizada en Barcelo en 1791.
- Páez Justiniano J. Investigaciones sobre la lengua de los indios Motilones y de los Hacaritamas. Artículo, revista Hacaritama, del 26 de junio de 1936, órgano de la Academia de Historia de Ocaña.
- Páez Courvel, Luis Eduardo y otros. Historia de la ciudad de Ocaña. Imprenta Patriótica, Instituto Caro y Cuervo 1970.
- Pérez Arévalo, Guido Antonio. Chinácota. Encuentros con la historia. Litografía Guevara. Cúcuta, diciembre 2011
- Reichel-Dolamatoff, Gerardo. Los Indios Motilones (Etnografía y Lingüística). Revista de I. E. N. Bogotá, volumen 2. Entrega 1ª. 1945.
- Revollo, Pedro María. Los nombres geográficos indígenas.
- Tovar Pinzón, Hermes. *Discreción de la ciudad de Ocaña de la Gobernación* (sic) *de Santa Marta* [24 de marzo de 1578], Geografía humana de Colombia, tomo II, Relaciones y descripciones. Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, págs. 201 – 221. Bogotá 1992.
- Libros eclesiásticos, Santa Ana, Ocaña.
- <http://miacari.altervista.org/leyendas.html/> Lecturas sobre Acari, provincia de Caravelí, Arequipa, Perú.
- Fotografía De Ocaña: Revista "Norte de Santander 13 de junio 1953 - 13 de junio de 1955".
- Angelo Neglia y Olson Bruce. Una raza bravía. Estudio Socio-Antropológico de los Indios Motilones. Instituto de Desarrollo de la Comunidad. Talleres Libraria Stella, Bogotá, 1974.